

Aquella rosa marchita

¿Alguna vez pensaste en aquella rosa, ahora marchita?

Todos los humanos somos rosas únicas que florecen y, en un inicio, puramente bellas. Desarrollamos nuestro tallo, espinas y pétalos a lo largo de nuestra vida. Pero los pétalos con el tiempo se vuelven menos frescos, se van secando, pierden el color y terminan por caerse.

Aunque... ¿Qué ocurre con aquellas rosas que sufren? A ellas los pétalos se les desgastan antes de tiempo. Hablaremos entonces de esa rosa que a duras penas aún conserva el último pétalo. Está tan débil que con un simple soplo, se desprenderá y caerá al suelo.

Esa rosa ha tenido muchas complejidades y hace un gran esfuerzo por mantenerse erguida. Pues no recibió sol, ya que las otras rosas acaparaban los rayos y la dejaban en la sombra. Creció entonces sumida en la oscuridad. Y tampoco recibió agua, pues se aprovechaban de ella antes de que pudiera absorber su parte. Sus raíces se fueron haciéndose débiles, así como su tallo. Además los jardineros tampoco se acercaban a ella, pues las espinas con las que cargaba eran tan grandes y afiladas que el riesgo de hacerse daño con ellas al entrar en contacto era alto. La dejaron entonces pudrirse lentamente, pues a nadie le interesaba ya una rosa que terminaba de marchitar. Para todos, estaba perdida desde hacía un buen tiempo, porque habían asumido que su destino era aquel y ya no valía la pena salvarla, gastar energía y tiempo en recomponer algo que creían roto. Ya ni oportunidades se le ofrecían, opacadas por el rechazo.

¿Recuerdas aquella rosa, ahora marchita? ¿Alguna vez pensaste en ella? ¿O solo la ignoraste dando por sentado el hecho de que secándose estaba? ¿La dejaste morir por perder su color?

Aquella rosa era como las demás en un principio. Aquella rosa dejó de recibir lo que las demás tenían por su fachada. Desde el exterior iba perdiendo su frescura, pero en el interior libraba una batalla constante que nadie a simple vista era capaz de reconocer. Cada día era más agotador y difícil que el anterior. Cada día era un logro seguir en pie. Pero eso no era vivir, era sobrevivir.

A aquella rosa, en vez de cortarle las raíces y el tallo, u obligarla a florecer, la dejaron caer en el abandono y desinterés. Sus problemas la ahogaron y ninguna estuvo allí para salvarla o ayudarla. Este jardín es cruel, pero es en el que nos tocó florecer.

Una vez ya marchita, nadie la recordó. Plantaron otra en su lugar y la vida continuó. Cada día hay muchas de esas rosas camufladas entre las demás, en los sitios más oscuros donde no llega la luz y es difícil de apreciar. Cada día muchas mueren y dejan ese campo de flores para, con el viento, volar. Esta brisa que les acompaña después de marchitar es la única que conoce su historia y la va contando entre los susurros del olvido.